

Texto de Iris Eichenberg para la exposición “I do not wish” que se inauguró en noviembre de 2019 en el MAP, Buenos Aires

Cuando las palabras me fallan, y las palabras me fallan muchas veces, entonces hago.

Tartamudeo en materiales; impotencia y desesperación se manifiestan en los intentos de tapar, poner capas y visitar repetitivamente una superficie.

Encuentro consuelo en las cosas cotidianas e intento compartir este consuelo que viene de los objetos y las formas aparentemente mundanas que transformo con incesante trabajo material.

El consuelo reside en el poder que damos a las cosas. Las cosas que viven conmigo tienen su propia vida. Cuando transformo esas vidas, la mía también cambia. Las someto a un proceso, pero cada etapa de ese camino es un momento de cambio y alteración.

Solo yo puedo saber qué pasa; solo yo decido si parar o seguir.

No hay una lógica eficiente o económica en mi proceso; al contrario, mi único objetivo es desentrañar el todo de ese vacío y el proceso muchas veces es el todo.

Los objetos, como viven conmigo, me charlan; tienen un sonido, una voz y juntos vibran.

Me alimento de ese sonido, sin saber a dónde va. Pero siento que puedo afinarlo al dar y tomar de esa sinfonía de materialidades. No puedo leer a los objetos pero escucho a escondidas lo que se dicen unos a otros.

La diferencia entre técnica, material y proceso es tan desordenada y está tan mezclada que no puedo distinguir entre uno de otro.

Hacer es mi manera de rezar.

“I do not wish” puede que sea un rezo furioso, porque creo en el poder de los objetos; lo que pueden hacer y cambiar.